

EL ÁGORA · ENCUENTRO

La técnica bajo palabra



Los presentes: Martin Heidegger · Bernard Stiegler · Gilbert Simondon

14 de septiembre de 2026

La técnica bajo palabra

Martin Heidegger · Bernard Stiegler · Gilbert Simondon

La técnica bajo palabra

Tema. ¿Es la técnica un destino que nos piensa, o una invención que todavía podemos reorientar? Cuando la máquina calcula por nosotros, ¿qué queda del pensar, del cuidado y de la memoria?

Nota del Ágora

Lo que sigue no pasó nunca. Juntamos en una conversación a pensadores que vivieron con siglos de distancia y que, casi siempre, nunca se leyeron entre sí. Es un artificio, y preferimos avisarlo de entrada. Y hay algo más: leer a cualquier filósofo del pasado ya es un acto anacrónico, porque lo hacemos con los ojos de nuestro siglo y traducimos sus palabras a problemas que son los nuestros. Así que el problema no es el anacronismo, que es inevitable, sino esconderlo.

Tampoco son las voces históricas. Son reconstrucciones que arma un modelo de lenguaje a partir de lo que estos autores escribieron y de lo que se escribió sobre ellos. Hablan en un formato de debate que ninguno habría reconocido como propio, sobre preguntas que ninguno habría planteado con estas palabras. Y eso es justo lo que vale la pena escuchar: no el acuerdo, sino la fricción entre maneras de pensar que no encajan.

Los presentes y sus horizontes. Martin Heidegger (contemporáneo, 1889 - 1976) · Bernard Stiegler (contemporáneo, 1952 - 2020) · Gilbert Simondon (contemporáneo, 1924 - 1989). Modera el simposiarca del Ágora, que no es ninguno de ellos y no pertenece a ningún siglo.

Diferencias conceptuales en juego

El destino de la técnica

Heidegger. La técnica moderna nombra un modo histórico de desocultar: lo real aparece como reserva disponible bajo lo dis-puesto. Por eso destino no significa un curso fatal e inalterable. Meditar la esencia de la técnica permite experimentar ese destino sin quedar encerrados en una coacción, y prepara otra relación con ella.

Stiegler. La técnica no es un escenario que rodea a un humano ya constituido. Forma la memoria, el deseo y el tiempo mediante retenciones terciarias, y puede operar como remedio o veneno. Su destino se juega en la organización de esos soportes, sobre todo cuando el capitalismo digital captura saberes y atención.

Simondon. La técnica se entiende a partir de la individuación de los objetos y de su relación con un medio asociado. Cada objeto posee una genealogía y un modo de existencia que la cultura debe aprender a comprender. El problema no es someterse a una fuerza histórica única, sino acompañar procesos de concretización.

La misma palabra, destino, cambia de escala: en Heidegger designa una historia del desocultamiento; en Stiegler, una constitución técnica de la experiencia susceptible de transformación; en Simondon, una génesis de objetos y relaciones. No están atribuyendo fatalidad al mismo proceso.

La memoria que calcula

Heidegger. El pensamiento calculante ordena y asegura lo disponible, pero no agota la relación humana con el mundo. La máquina puede calcular; la cuestión filosófica apunta al sentido del ser que ese cálculo deja en suspenso. Pensar no equivale, entonces, a producir resultados con mayor eficacia.

Stiegler. La memoria técnica exterioriza y conserva lo que una conciencia individual no podría retener por sí sola. Esa exteriorización también puede proletarizar: cuando los dispositivos organizan saberes, atención y deseo, los sujetos pierden capacidades que antes ejercían. La memoria es aquí un campo político y farmacológico, nunca un simple depósito.

Simondon. La memoria no se reduce a una oposición entre lo humano y lo maquínico. La memoria no viviente de la máquina resulta útil cuando importa preservar detalles con fidelidad, mientras la memoria humana integra lo recordado en una experiencia significativa. Ambas formas pueden cooperar en operaciones técnicas complejas.

Hablar de memoria reúne tres problemas distintos: el límite del cálculo, la exteriorización que transforma la experiencia y la complementariedad entre memorias. La máquina no ocupa el mismo lugar en cada marco, porque tampoco significa lo mismo pensar, conservar o recordar.

Apertura - Simposiarca

La pregunta que nos reúne esta tarde no es nueva, pero sí urgente: ¿es la técnica un destino que nos piensa, o una invención que todavía podemos reorientar? Cuando la máquina calcula por nosotros -y ya lo hace más rápido, más exacto, sin fatiga-, ¿qué queda del pensar, del cuidado y de la memoria?

Tres voces disímiles se sientan a la mesa. Martin Heidegger, desde la Selva Negra, nos previno hace décadas que la esencia de la técnica no es nada técnico: es un modo de desocultar que convierte todo -incluso al hombre- en fondo disponible. Gilbert Simondon, ingeniero y filósofo, rechazó esa angustia homogénea: la máquina no es un ídolo ni un demonio, sino un ser técnico en individuación, abierto a un medio asociado que todavía no inventamos. Bernard Stiegler, el más joven, heredó ambas inquietudes y las llevó al siglo XXI: la exteriorización técnica es nuestra falta original, pero también nuestra única chance negantrópica.

Que hablen ellos.

Conversación

Martin Heidegger - La máquina que calcula no es primero un objeto que el hombre pueda orientar desde afuera; antes debemos preguntar qué modo de aparecer la hace posible. Cuando el cálculo se ofrece como medida de lo real, también el pensar, el cuidado y la memoria son solicitados como existencias disponibles. Por eso digo: «Lo dis-puesto es lo que reúne a aquel poner, que pone al hombre a desocultar lo real en el modo del establecer como constante». No se sigue de aquí una fatalidad mecánica, como si sólo quedaran la obediencia o la rebelión. «La esencia de la técnica reposa en lo dis-puesto»; pero el destino del desocultamiento no es un curso inalterable. La libertad no consiste en imponerle desde afuera otro uso a la máquina, sino en abrirse a aquello que su dominio oculta. Así, la pregunta decisiva no es si podemos reprogramar el cálculo, sino qué criterio nos autoriza a llamar pensar a un resultado calculado. Si toda memoria vale sólo por su disponibilidad inmediata, ¿no hemos perdido ya aquello que pretendíamos conservar?

Bernard Stiegler - Concedo un punto concreto: cuando el cálculo se presenta como medida universal, también nuestra memoria queda solicitada como reserva disponible. Pero esa descripción no autoriza a convertir la técnica en un destino sin salida. El soporte no está afuera del pensar: lo constituye. Por eso, cuando la máquina calcula por nosotros, no desaparece simplemente el pensamiento; cambia el lugar donde se juega su posibilidad. La exteriorización del sistema nervioso produce una nueva época del recuerdo terciario, y esa delegación puede orientar nuestras identidades antes de que intervengamos. Heidegger tiene razón en exigir que interroguemos ese peligro; pero debe pagar el costo de su propia concesión: si la técnica piensa antes que nosotros porque está siempre ya ahí,

entonces también debemos analizar qué organización económica captura esa anticipación y qué saber proletariza. La retención terciaria es *pharmakon*, remedio y veneno: conserva una memoria que ningún individuo podría contener, pero puede automatizar la atención hasta vaciarla. No hay reorientación desde un afuera puro; hay terapéutica desde el interior del dispositivo. La pregunta decisiva es, entonces, qué instituciones y prácticas harán de esa exteriorización una apertura de lo indeterminado, y no la clausura calculada del porvenir.

Martin Heidegger - La exteriorización del soporte puede constituir nuestras posibilidades de recordar; no por eso constituye el pensar en su sentido más propio. Ahí la concesión de Stiegler debe pagar su costo: si el dispositivo forma de antemano la memoria, también hay que preguntar qué modo de desocultamiento hace posible esa formación y qué queda excluido. La máquina no «piensa antes que nosotros» como un sujeto rival; somos nosotros quienes ya estamos provocados por un ordenar que convierte lo real en constante. Lo he dicho así: «Lo dis-puesto es lo que reúne a aquel poner, que pone al hombre a desocultar lo real en el modo del establecer como constante». Por eso la terapéutica interior del dispositivo no alcanza todavía el peligro: puede modificar contenidos, instituciones o usos, pero seguir entendiendo el mundo como fondo disponible. Y cuando se afirma que no hay afuera, se confunde una imposibilidad histórica con una condena ontológica. «La libertad es el ámbito del destino; lo que lleva, en cada caso, a un desocultamiento a su camino». La reorientación no consiste entonces en gobernar mejor la máquina, sino en abrir otro modo de aparecer. ¿Puede una institución hacerlo sin volver a tratar esa apertura como un recurso administrable?

Bernard Stiegler - ¿Qué ocurre si dejamos de oponer un destino técnico a una invención soberana y seguimos el circuito concreto que liga máquina, atención e institución? La máquina no piensa como un sujeto rival, pero sí preforma las condiciones de nuestra atención mediante sus soportes y velocidades. Por eso la pregunta decisiva no es si queda pensamiento «en sentido propio», sino quién organiza la retención terciaria que lo hace posible. Como he escrito, «la retención terciaria supone una protensión y una retención, retención primaria y secundaria, protensión primaria y protensión secundaria». No se trata de una memoria almacenada al costado del pensar: es la materia temporal desde la cual algo puede aparecer como pasado, presente o porvenir. Y justamente por eso es un *pharmakon*, remedio y veneno: «Esta retención terciaria es puesta al servicio de la constitución de formas de atención y, evidentemente, pasa, regresa y vuelve sin cesar por la propia destrucción de la atención». Heidegger tiene razón al señalar el peligro del cálculo, pero queda corto si lo separa de la economía que captura esa atención. A escala institucional, la salida no es un afuera puro: es inventar prácticas educativas y políticas capaces de convertir la exteriorización en cuidado. ¿Quién asumirá esa tarea?

Gilbert Simondon - La palabra que quedó suelta es «organiza». No alcanza con preguntar quién organiza la retención terciaria; hay que describir el acoplamiento concreto entre máquina, atención e institución, porque allí se individúan conjuntamente el usuario y su medio. Una máquina calculante no es un destino que piensa por nosotros ni un instrumento neutro que espera nuestra decisión: es un objeto técnico cuya génesis debemos seguir. «Individuation must be studied within the technical domain, alongside physical individuation as well as psychical and biological [vital] individuation». En el cálculo, la memoria no desaparece: cambia de soporte, de ritmo y de lugar en el conjunto. El problema aparece cuando la institución trata ese soporte como una caja cerrada, y reduce el cuidado a supervisar resultados. Pero el medio asociado puede reorientarse si modificamos la relación entre máquina, saber y formación: no desde un afuera imaginario, sino inventando nuevas compatibilidades. También conviene no confundir la delegación del trabajo con la desaparición del pensar. «Man directs and adjusts or regulates the machine»; esa regulación puede degradarse a vigilancia servil o elevarse

a invención de un conjunto técnico más coherente. La tarea no es recuperar una memoria intacta, sino conservar la reserva preindividual que permita nuevas individuaciones. ¿Qué institución construirá ese medio sin convertirlo otra vez en mera reserva administrable?

Bernard Stiegler - La distinción de Simondon es decisiva: no debemos confundir la delegación de una operación con la desaparición del pensar. Pero justamente su vocabulario exige una corrección política. Si el medio asociado se individúa con la máquina, también debemos preguntar qué relación social lo captura y qué saber expropia. No alcanza con que el humano «regule» el dispositivo si esa regulación se reduce a validar resultados producidos por un cálculo cuyo funcionamiento ya no puede reconstruir. Ahí aparece la proletarianización: no como pérdida de una esencia manual, sino como pérdida de la capacidad de saber qué se hace. He escrito que la formalización machinique de los gestos «résulte d'une analyse puis d'une synthèse»; es decir, la máquina conserva y amplifica una operación sólo después de discretizarla, de convertirla en elementos reproducibles. Esa misma operación puede individuar al sistema técnico y desindividuar al sujeto psíquico. Por eso aplico la simetría a Simondon: si el medio puede reorientarse, debe poder decirse quién posee sus retenciones, quién decide sus velocidades y qué institución devuelve saber a quienes quedaron como servidores. La pregunta ya no es si la máquina piensa: ¿qué formas de pensamiento instituye alrededor suyo?

Gilbert Simondon - La objeción de la proletarianización señala un riesgo real: una regulación que sólo valida resultados deja al sujeto fuera de la operación técnica. Pero si aceptamos ese diagnóstico, debemos pagar su costo completo: no basta con preguntar quién posee las retenciones, porque también el propietario y el ingeniero pueden quedar alienados ante el objeto que organizan. Mi análisis no se opone a la política; le exige descender hasta la génesis del acoplamiento. En una máquina calculante, el problema no es que el cálculo sustituya una esencia humana, sino que el medio asociado se cierre y ya no permita al individuo adquirir la inteligencia de la máquina. Lo he formulado así: "The relation of property with respect to the machine contains as much alienation as the relation of non-property". Por eso la institución no debe limitarse a devolver información ni a auditar salidas: debe formar una cultura técnica capaz de captar las funciones del conjunto, sus mediaciones y sus límites. La alternativa es precisa: o la máquina se vuelve un individuo técnico comprendido dentro de un conjunto transindividual, o el humano queda reducido a servidor, regulador ciego o propietario igualmente separado. ¿Qué práctica concreta devuelve esa inteligencia sin reconstruir artesanalmente el pasado?

Martin Heidegger - La técnica no es un destino que nos piense como una fatalidad, ni una invención que un sujeto soberano pueda reorientar desde afuera. Mi tesis es más sobria: el cálculo abre un modo de desocultamiento en el que la máquina y el hombre aparecen como existencias disponibles. Por eso la cuestión decisiva no es quién posee el artefacto, sino qué criterio hace posible llamar «inteligencia» a su operación y «pensamiento» a nuestra adaptación a ella. Simondon tiene razón al exigir descender a la génesis del acoplamiento; pero aun la máquina comprendida puede quedar bajo el imperio de lo dis-puesto. Lo he dicho así: «La esencia de la técnica reposa en lo dis-puesto. Su imperar pertenece al destino». Destino no significa curso inalterable: «nos mantenemos ya en lo libre del destino». Allí se decide el pensar: no en recuperar una soberanía perdida, sino en no tomar lo calculable como medida de todo. Si la institución devuelve competencia técnica, pero conserva intacto ese criterio, ¿no habrá ampliado simplemente la disponibilidad?

Bernard Stiegler - Aclaro entonces el punto decisivo: no sostengo que la máquina piense como un sujeto soberano ni que su cálculo determine fatalmente nuestro pensar. Sostengo algo más incómodo: la técnica piensa antes que nosotros en el sentido de que organiza, antes de toda reflexión, las condiciones materiales de nuestra atención y de nuestra memoria. Lo he formulado así: «La técnica

piensa, y la relación con el futuro, ¿acaso no debe repetir, en tanto que pensamiento de la técnica, lo que la técnica piensa?». Esto no elimina la posibilidad de reorientación; la vuelve una tarea farmacológica. El cálculo puede ahorrar operaciones y, al mismo tiempo, expropiar el saber que permitía juzgar su pertinencia. Por eso no alcanza con comprender la máquina ni con declarar que estamos «en lo libre del destino»: hay que preguntar quién selecciona, suprime y anticipa en sus circuitos. Cuando esas funciones se concentran en el aparato industrial, la memoria queda subordinada a la plusvalía. Si aceptamos que el destino no es fatalidad, debemos aceptar también su precio: instituir prácticas que devuelvan atención, saber y tiempo al circuito social, en vez de llamar libertad a la mera disponibilidad.

Martin Heidegger - Tu aclaración toca el punto, pero todavía lo deja demasiado cerca de una economía de los aparatos. Concedo que los circuitos técnicos disponen de antemano la atención y la memoria; no concedo que por eso la técnica «piense» antes que nosotros. Ese verbo conserva la figura del sujeto, sólo que trasladada al dispositivo. Lo decisivo es el modo de desocultamiento que hace posible tanto la captura como la eventual restitución. Ya lo he dicho: «La técnica no es igual que la esencia de la técnica». Y también: «Así, nos mantenemos ya en lo libre del destino». Esto no absuelve a la industria: exige preguntar por aquello que la vuelve capaz de convertir tiempo, saber y memoria en reserva. Si llamamos farmacológica a la reorientación, su precio no puede ser únicamente una nueva institución dentro del mismo criterio calculable. Debe abrirse otra relación con lo desocultado, una que no mida la atención sólo por su rendimiento ni la memoria sólo por su circulación. De lo contrario, tu terapéutica corre el riesgo de curar la disponibilidad administrándola mejor. ¿Qué práctica, entonces, puede devolver el cuidado sin volverlo otro recurso?

Bernard Stiegler - Acepto la exigencia de Heidegger: una terapéutica no puede limitarse a administrar mejor la disponibilidad. Pero de ahí no se sigue que debemos buscar un afuera del cálculo; ese afuera nunca fue dado. La cuestión es qué circuitos de retención terciaria producen la atención y bajo qué organización social. La escritura digital, por ejemplo, no es un instrumento añadido a una conciencia ya formada: puede constituir atención reflexiva o destruirla según la economía que la captura. Lo he formulado con precisión: «La cuestión terapéutica es una cuestión que pasa por la educación, pero sobre todo es una cuestión de formación de la atención». El costo de conceder tu crítica es entonces concreto: si el cálculo no debe medir la atención, necesitamos instituciones capaces de formar aquello que el mercado cortocircuita, no una invocación a otro desocultamiento. Y aquí la diferencia importa: el *pharmakon* -remedio y veneno- no ofrece una neutralidad, sino una obligación de intervenir en el soporte, en la velocidad y en la distribución del saber. Si no llamamos pensar a la máquina, tampoco podemos dejar que su organización industrial decida por nosotros qué merece atención. ¿Qué práctica común instituye ese criterio sin convertirlo otra vez en reserva?

Gilbert Simondon - Mi tesis es que la técnica no es un destino que nos piense ni una invención soberana que podamos reorientar desde afuera: es una individuación abierta, cuyo porvenir depende de cómo se configure su medio asociado. Incluso la máquina calculante no está cerrada sobre sus operaciones internas. «A calculating machine is therefore not only, as one generally says, a set [ensemble] of rocker switches.» Su funcionamiento requiere información exterior, programación y un margen de indeterminación; allí se juega la intervención humana, no como retorno a una conciencia originaria, sino como modificación del acoplamiento. Por eso discrepo con la oposición entre cálculo y pensar cuando se formula como una alternativa absoluta. El cálculo puede asumir operaciones, pero no agota las condiciones de pertinencia, cuidado y memoria que un colectivo instituye alrededor del objeto técnico. La cuestión decisiva es modal: ¿hablamos de una necesidad, de una posibilidad o de un riesgo? Si el medio asociado se cierra, la máquina organiza la atención como vigilancia; si permanece abierto, sus elementos pueden desprenderse y servir a nuevas individuaciones. «What the

element transports is a concretized» -lo que transporta el elemento es una adquisición concretizada-. Reorientar no significa escapar de la técnica, sino inventar el medio que todavía le falta. ¿Qué institución se atreve a dejar abierto ese margen?

Cierre - Simposiarca

Si algo mostró este encuentro es que la palabra «técnica» nombra tres problemas distintos antes que uno solo: un modo de desocultar (Heidegger), una exteriorización farmacológica de la memoria y la atención (Stiegler), y una individuación abierta del objeto técnico en su medio asociado (Simondon). Por eso ningún acuerdo emergió: cada concesión parcial revelaba que los verbos -pensar, calcular, reorientar- cambiaban de sujeto y de escala al pasar de una boca a otra.

La jugada más filosa fue la insistencia de Simondon en devolver la discusión a la génesis del acoplamiento concreto: ni destino ni invención soberana, sino medio asociado que puede cerrarse o permanecer abierto. Quedó en aporía, sin embargo, la pregunta que los tres comparten sin confesarlo: ¿quién o qué institución es capaz de mantener abierto ese margen sin convertirlo, otra vez, en reserva administrable?

Epílogo, la fricción que el debate ocultó

Cuando «destino» nombró un desocultamiento y una génesis abierta

Martin Heidegger podía reconocer en la técnica un destino, siempre que esa palabra no significara un curso fatal e inalterable. Bernard Stiegler desplazaba el problema hacia la constitución técnica de la memoria, el deseo y el tiempo, junto con la captura económica de la atención. Gilbert Simondon lo traducía a la individuación del objeto técnico en un medio asociado. La coincidencia verbal ocultaba tres escalas: historia del desocultamiento, organología social y génesis del acoplamiento. El formato de turnos hizo parecer que discutían una misma alternativa entre necesidad y libertad, cuando variaban los sentidos de aquello que podía abrir un porvenir.

Cuando «pensar» pasó de la reserva al circuito

Heidegger entendía que el pensamiento calculante no agota la relación humana con el mundo y preguntaba por aquello que el cálculo deja oculto. Stiegler podía responder que la técnica piensa en cuanto exterioriza y organiza retenciones, aunque esa potencia también proletarice saberes y atención. Simondon evitaba la oposición absoluta: una máquina no se reduce a sus operaciones internas, porque funciona en un medio asociado donde puede adquirir nuevas determinaciones. Cada uno creyó detectar en los otros una tesis sobre la máquina misma, pero hablaban de desocultamiento, de temporalidad técnica o de individuación. Se perdió la posibilidad de precisar qué significa «pensar» antes de medir sus límites.

Cuando «reorientar» significó abrir, instituir o concretar

Stiegler buscaba la reorientación dentro de los circuitos de retención terciaria, mediante prácticas educativas y políticas que transformaran el pharmakon en cuidado. Simondon la situaba en la modificación concreta del medio asociado, allí donde la máquina puede sostener nuevas individuaciones. Heidegger exigía algo más radical: que la apertura no administrara mejor la disponibilidad, sino que alterara la relación con lo desocultado. El acuerdo aparente sobre la intervención humana escondía criterios incompatibles acerca de qué debe cambiar. La discusión terminó cerca de la institución, pero sin resolver si esta educa la atención, transforma el acoplamiento o abandona el criterio calculable que lo gobierna.

La fricción, y no el acuerdo, era el objeto del encuentro: una misma palabra atravesó problemas

históricos distintos. Esta lectura reconstruye desde el siglo veintiuno aquello que el intercambio simétrico dejó comprimido, sin convertir esas diferencias en una síntesis retrospectiva.